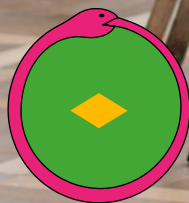
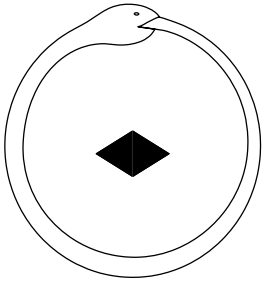


DOS HISTORIAS DE ÌJÀPÁ
Báyò Akómoláfé



cuadernos
SELVAGEM



DOS HISTORIAS DE ÌJÀPÁ

Báyò Akómoláfé

Este cuaderno fue elaborado a partir de la charla de Báyò Akómoláfé, grabada el 06 de febrero de 2025, en Santa Teresa, en Río de Janeiro. La charla de Báyò se transformó en [Recados Selvagem](#) y se puede acceder [aquí](#).

Mi nombre es Báyò Akómoláfé, soy del pueblo Yorùbá, del oeste de Nigeria y de algunas partes de África occidental. Tengo dos historias que compartir con ustedes, o tal vez solo una. Proviene de mi infancia, cuando nos reuníamos por las noches para escuchar a nuestros tíos y tías hablar sobre el mundo, la vida y el futuro. Esta historia en particular es muy querida para mí porque nos invita a reconsiderar lo que está sucediendo en todo el mundo en este momento, y si me estás escuchando en este preciso instante, probablemente estás enfrentando algún tipo de problema. Estamos en una época de fuego y dolor, de pérdidas genocidas y sufrimiento, de sistemas de apartheid y revueltas protofascistas, y probablemente te estés preguntando: ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Qué hay por lo que vivir? ¿Y si las formas de responder a la crisis son parte de la crisis?

Esta historia no es una respuesta. Es una forma de cuestionar las premisas con las que entendemos esos momentos y, como dije, proviene de mi pueblo y habla de un bromista, uno de los traviosos de mi tradición, que se llama Ìjápá. Ìjápá es la Tortuga, que ocupa un pedestal legendario junto a Exu y Anansi, la araña de Ghana. Hermosos bromistas. En esta historia, Ìjápá desafía a los dioses, básicamente les dice: «Ustedes no son tan importantes. Soy tan sabia como ustedes. Soy igualmente cono-cedora. Sé tanto como ustedes». Y los dioses siempre despreciaban a la Tortuga. Podrían destruirla con solo chasquear los dedos, pero esta vez decidieron hacerle el favor. Le dijeron: «Está bien, demuéstranos que puedes ser tan sabia como nosotros».

Ìjàpá, la Tortuga, decidió emprender un viaje y, para ello, se llevó consigo un calabazo. Un calabazo es como un zapallo que se abre, pero, en este caso, era un calabazo cerrado que terminaba en un cuello fino. Ató una cuerda alrededor del calabazo y lo sujetó a su cuerpo. Muy cerca de su cuerpo. En un ritual que parecía una Googlelización del mundo, continuó embarcándose en su viaje para recopilar datos e información de cada entidad viva o muerta.

Se acercó al León y le dijo: «¿Podrías decirme por qué o cómo rugís? ¿Cómo es que eres el rey de los animales?». El León le contó el secreto. La Tortuga tomó el secreto y lo guardó en el calabazo. Se acercó al Sol y le dijo: «¿Cómo es que eres tan brillante? ¿Cómo es tan poderoso? ¿Cómo es tan resistente?». El Sol le contó el secreto, la Tortuga tomó el secreto y lo guardó en el calabazo. Habló con todos los seres. Habló contigo. Habló conmigo. Habló con el Río. Habló con la Montaña. Habló con el Cielo. Habló con todas las cosas, extrajo información de todo y lo guardó todo en su calabazo. Entonces, el calabazo se llenó y se saturó de tanta sabiduría. La Tortuga estaba satisfecha consigo misma porque había logrado lo que ninguna otra criatura había logrado. Ahora lo sabía todo. Olvidé decir que también había hablado con Elon Musk, pero ya lo habrás supuesto por mi historia.

Con el tiempo, la Tortuga decidió que era importante para ella almacenar ese conocimiento. Era un archivo de tesoros. Cogió ese archivo repleto y decidió que lo guardaría en la copa del árbol espiritual más famoso de donde vengo, que se llama árbol **lɔkɔ**. Dijo: «Voy a trepar al árbol y guardarlo allí arriba. Lo esconderé allí. Nadie sabrá que está ahí». Pero había un problema. Como los miembros de la Tortuga son, por así decirlo, reducidos, no podía rodear con sus brazos la corteza y el tronco del grandioso árbol. Había un calabazo delante de ella. Intentaba trepar al árbol, pero cada vez que lo intentaba, caía al suelo y no podía, por nada del mundo, trepar al árbol. Así que eso era un gran problema. Intentaba llegar a la copa del árbol, pero no lo lograba.

Mientras tanto, el animal más tonto, al menos en una versión de esta historia, observaba a la Tortuga. Era el Saltamontes. El Saltamontes observaba a través de los arbustos y se daba cuenta de lo mucho que le costaba a la Tortuga trepar por el árbol. Después de un rato riéndose

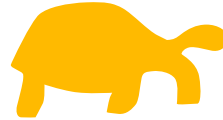
y burlándose de la Tortuga, el Saltamontes saltó de entre los arbustos y le dijo: «Hermana, ¿sabes que podrías simplemente poner el calabazo detrás? A ver si eso te ayuda». Y el Saltamontes se marchó. La Tortuga se dio cuenta de lo estúpida que era, porque allí tenía ante sí a la más inteligente, la más sabia, la más conocedora de todas las criaturas con sabiduría, la sabiduría del Sol, de la Luna, de las Estrellas, del Panteón, de los *Orishas*, todo dentro del calabazo. Y no fue capaz de descubrir cómo trepar al árbol con un solo gesto, un simple gesto de ponerse el calabazo en la espalda. Tuvo que ser guiada por el más tonto de todos los animales. Entonces se dio cuenta de que ella era la tonta. Se dio cuenta de que su proyecto de extracción había fracasado desde el principio. Y se dio cuenta de lo tonta que había sido al intentar colonizarlo todo y reunirlo todo en un solo lugar.

Entonces, ella trepó al árbol muy arrepentida. Y, cuando llegó a la copa del árbol, liberó todos los materiales de vuelta al mundo. Y mis mayores, mis tíos y tías, me decían que así es como conocemos las cosas. Y así es como el conocimiento volvió al mundo.

¿Qué tiene esto que ver con el cambio climático, la pandemia o el fascismo? ¿Qué hay que hacer? ¿Qué tiene esto que ver con el aumento del nivel del mar o con las guerras y el dolor en todo el planeta? Lo que voy a decir al respecto es que el encanto no falta. La modernidad es una historia que todavía se cuenta todos los días, de que ya no hay encanto, de que el mundo es plano, de que todo lo que se puede hacer debe ser hecho por especialistas. Y no hay nada más que hacer. Todos tenemos que resolver estos problemas por nuestra cuenta, a costa de mucho trabajo, para poder salvarnos.

Pero esta historia me enseña que hay más. Que, tal vez, con los juegos de los niños que nos rodean, podamos aprender que el mundo es más que solo él mismo. El mundo es mágico. No pienso en la magia como algo irreal. Pienso en la magia como la promiscuidad del mundo que sigue descubriéndose. Quizás, los juegos de los niños puedan enseñarnos que el mundo sigue jugando, que el Sol no solo brilla con fuerza, sino que es una invitación a crear nuevos dioses. Quizás el fracaso de *Ìjàpá* sea una lección para nosotros de que aún hay algo por hacer. Y que podemos, en tiempos de urgencia, en tiempos de emergencias,

encontrar nuevas formas de estar vivos ahora, que el encanto no falta y que aún hay magia por alcanzar. Espero que esta historia encante tu día y haga algo por ti, te movilice, te provoque, te cambie de alguna manera y te recuerde que, en tiempos de fuego, lo que hay que hacer es convertirse en agua.



La que sigue no es exactamente una secuencia, pero es otra parte de la historia de *Ìjàpá*, una de las muchas historias que contamos en África occidental, específicamente en el territorio *Yorùbá*, sobre las aventuras de este bromista. Y, para contextualizar, todas estas historias hablan del reino animal, de sus vocaciones, sus gestos, sus prácticas. Rara vez los seres humanos aparecen en estas historias, y estos fueron los ricos tesoros que recibí cuando era niño.

Esta historia en particular se relaciona con la historia que acabo de contar sobre cuando *Ìjàpá* aprendió que no era totalmente sabia. Y el contexto de esta historia en particular es una época de hambruna. Entonces, en el reino animal, hubo un tiempo en que había hambruna en la tierra, nadie tenía qué comer. Todos estaban hambrientos, la gente se moría, los animales se morían. Pero, aun así, a pesar del hambre en la tierra, existía la insistencia de que todos los que tuvieran algún tipo de comida debían abrir sus puertas a los extraños, para que nadie comiera solo. Esta es una práctica *Yorùbá*. El pueblo *Yorùbá* tiene un dicho: «*È wá jeun*», así que, cuando entras en una casa, no entras simplemente y empiezas a comer solo. Invitas al visitante a comer. Dices: «*È wá jeun*». «*È wá jeun*» es algo así como: «ven y come conmigo». Y esa era una práctica, un ritual también en el reino animal.

Un día, la Tortuga estaba paseando en busca de comida y se encontró con la Araña a punto de darse un festín en su casa. La ley de la selva dice que nunca se come solo. Así que, cuando la Tortuga llamó a la puerta y la Araña la abrió, se sintió muy decepcionada al ver a *Ìjàpá*. Dijo: «Ah, tú otra vez no», pero la invitó a entrar. Y la Araña, que también es

traviesa, decidió gastarle una broma a la Tortuga. Así que puso el recipiente para lavarse las manos lejos de la mesa del comedor y le pidió a la Tortuga que se lavara las manos. Le dijo: «Hermana mía, sabes que es ley de la selva que tengas que comer conmigo, pero también es ley de la selva que no puedas sentarte a la mesa sin lavarte las manos». Así que le pidió a la Tortuga que se lavara las manos.

La Tortuga se arrastró hasta el agua, se lavó las manos, pero utilizó las mismas extremidades para volver a la mesa. Y, cuando regresó a la mesa, sus manos estaban sucias de nuevo. Y la Araña le dijo: «Así no puede ser, hermana. Tienes que volver y lavarte las manos». Mientras tanto, la Araña se comía rápidamente toda la comida. Comía todo lo que podía para acabar con la comida. La Tortuga, inocente como era, volvió, se lavó las manos y, de vuelta a la mesa, vio que la comida se había acabado. Y la Araña le ofreció sus disculpas. Le dijo: «Lo siento, pero no pude esperar. Ya no hay comida, pero tú tardaste todo este tiempo en lavarte las manos». La Tortuga dijo: «Está bien. Sabes, Araña, me gustaría invitarte a comer. ¿Te gustaría comer conmigo la próxima semana?». Y la Araña dijo: «Claro. Cuenta conmigo. Solo dime el día. Envíame un mensaje de WhatsApp y allí estaré».

Entonces, la Tortuga tenía un plan, una venganza. Se metió en el agua y, de alguna manera, consiguió reunir algunas sobras que llamó comida. La Araña vino caminando desde lejos y tuvo que meterse en el agua. Tuvo que sumergirse en las profundidades del agua para comer junto con la Tortuga. Pero la Araña está tan bien distribuida que le resulta muy difícil hundirse. Entonces, la Tortuga llamó a la Araña y le dijo: «Ven aquí abajo. El agua está buena. Vamos a empezar a comer». La Araña hizo todo lo que pudo para hundirse, pero no lo consiguió. Entonces, se ató unas piedras y trató de hundirse. Pero, cuando se sumergió y llegó al fondo, la comida ya se había acabado. Y la Araña dijo: «*Touché*. Me has devuelto la jugada. Genial».

Y no sé muy bien por qué nuestros mayores nos contaban esta historia. Pero cuando pienso en estas historias y las enseño en clase y hablo con la gente sobre ellas, esta en particular me habla del espacio de la hospitalidad, ¿verdad? La hospitalidad o el alojamiento, en mi trabajo de elaboración teórica y filosofía, son todas las formas en que el mundo nos da

la bienvenida. Opino que la hospitalidad está disminuyendo, que todas las formas en que la modernidad ha mantenido nuestros cuerpos ya no son posibles, que estamos perdiendo nuestro espacio en el mundo. El mundo nos está echando, por así decirlo. Todas las formas en que construimos autopistas y dispositivos de telecomunicaciones para estar en contacto unos con otros, todos los algoritmos sociales, nuestras tecnologías públicas de justicia, se están reduciendo y perdiendo su fuerza. Es como si nos estuviéramos perdiendo en un planeta que ya no puede acogernos.

¿Qué haces cuando ya no eres bienvenido? Esa es mi pregunta. Y creo que es la pregunta de esta historia. ¿Qué hacemos cuando ya no somos bienvenidos en un planeta que hemos convertido en nuestro hogar durante tanto tiempo? Para mí, la pregunta tiene más de una respuesta. Es una invitación a experimentar con la incorporación, ¿verdad? No es tanto el momento de forzar nuestra entrada en las cosas, que es lo que prescribiría la modernidad. Es el momento de asumir otra forma. Ya no se trata de encontrar soluciones. Las soluciones llevan consigo la lógica de los problemas que intentan resolver. Necesitamos otras formas de ser bienvenidos en el planeta y eso significa escuchar a un planeta que está vivo. Eso significa poner nuestros oídos en el suelo.

El pueblo Yorùbá tiene una tecnología llamada Dòbálé. Dòbálé significa postrarse, poner la cabeza en el suelo. Tenemos un dicho que dice que, cuando Changó pasa en el viento y en el fuego, lo que hay que hacer no es tirar piedras. Lo que tenemos que hacer es Dòbálé, es prostrarnos. Creo que es el momento de que todos, colectivamente, practiquemos Dòbálé. Es el momento de postrarnos en el suelo para aprender a escuchar de nuevo, para aprender a cantar juntos de nuevo, a contar historias que aún no se han contado, a jugar con nuestros hijos y dejar que ellos nos conduzcan a nuevas formas de estar en el mundo. Es casi como una política autista.

Mi hijo es autista y tiene siete años. Voy a contar un pequeño fragmento de una nota al margen de la historia, para añadirlo a la historia que acabo de contar. Estaba en Massachusetts con él hace muchos meses, y eran las 11 de la noche. Estaba lavando los platos. Lavar los platos es uno de mis momentos favoritos del día porque me permite pensar. Lavar los platos y darme un baño son mis mejores momentos filosóficos. Estaba

lavando los platos y no podía acostar a mi hijo. Su hermana ya estaba durmiendo, pero él daba vueltas en círculos. Simplemente seguía dando vueltas a mi alrededor, solo dando vueltas en círculos. Sentí ese deseo intergeneracional de decirle que se callara y se fuera a la cama porque estaba empezando a irritarme, para mi vergüenza. Porque mis padres me mandaban sentarme. Es algo que los papás y mamás hacen mucho: «¿Puedes simplemente sentarte y darme un poco de paz?». Seguro que conocen esa técnica. Pero, cuando surgió el deseo de decirle que se sentara, en algún punto en mi garganta, ese deseo se transformó en una pregunta en lugar de una orden.

Entonces me dirigí a mi hijo y, en lugar de decirle que se sentara, le hice una pregunta. Le dije: «Kyah, ¿podrías decirme por qué estás caminando en círculos? ¿Por qué es importante para ti caminar en círculos?». Soy psicólogo clínico. No necesito esa respuesta de él. Entiendo el autismo hasta cierto punto. Pero era mejor hacer una pregunta que dar una instrucción. Y mi hijo, sin perder el ritmo, sin detenerse un instante, simplemente siguió caminando en círculos, me miró, sonrió levemente y dijo: «Papá, hay cosas que tengo que hacer de las que tú no sabes nada. Hay cosas que tengo que hacer de las que tú no sabes nada».

Y creo que, con mi primera historia sobre el encanto y esta historia sobre la pérdida de la hospitalidad, hay cosas que tenemos que hacer colectivamente, como especie, sobre las que la modernidad no sabe nada. Tenemos que perdersnos juntos. El pueblo Yorùbá dice: «Para encontrar tu camino, tienes que perderlo». Quizás perdersnos sea como andar en círculos. Quizás sea como hacer cosas que no tienen sentido para Elon Musk y Jeff Bezos y los imperios tecnoburocráticos que imponen un solucionismo que ya no funciona. Quizás sea así una política autista, perdersnos, andar en círculos y recordar que el encanto no falta, que, incluso en tiempos de pérdida de la hospitalidad, hay cosas que hacer sobre las que aún no sabemos nada.

BÁYÒ AKÓMOLÁFÉ

Báyò Akómoláfé, guiado por las cosmologías Yorùbá en un mundo más que humano, es el padre de Alethea y Kyah y compañero de vida de Ije. Báyò (PhD) es filósofo, escritor, activista, profesor, pensador poshumanista y conferencista ampliamente reconocido, fundador de The Emergence Network, una red de artistas y pensadores que buscan nuevas soluciones a viejos problemas. También es poeta y autor de los libros *These Wilds Beyond our Fences: Letters to My Daughter on Humanity's Search for Home* [Esas selvas más allá de nuestras cercas: cartas a mi hija sobre la búsqueda de un hogar por parte de la humanidad] (North Atlantic Books, 2017) y *We Will Tell Our Own Story: The Lions of Africa Speak!* (¡Contaremos nuestra propia historia: hablan los leones de África!) (Universal Write Publications LLC, 2017).

AGRADECIMIENTOS

Proyecto Regenerar, Spanda Produtora y Simbiótica Filmes, coprodutora de la película biográfica sobre Báyò Akómoláfé.

Eco Universidade, colaboradora en la visita y los eventos de Báyò en Brasil.

Ana Clara Cenamo, María Clara Parente y Thais Pacheco Mantovani.

También agradecemos a Mary Hatakeyama, que tradujo las palabras de Báyò al portugués.

TRADUCCIÓN
GABRIELA BELLEG

Masoterapia, traducción y un método que combina astrología y numerología son sus principales campos de actuación profesional. Vive de forma nómada, encontrando maneras de contribuir y aprender en distintos contextos..

REVISIÓN
MARY HATAKEYAMA

Mary es madre, jardinera, profesora en la educación básica pública, traductora. De San Pablo, Brasil. Se graduó en letras y pedagogía. Desde 2022 participa en la Comunidad Selvagem, colaborando en los grupos de traducción de textos al español y al inglés, donde lee, traduce y revisa textos de manera colectiva y artesanal.

El trabajo de producción editorial de los Cuadernos Selvagem es realizado colectivamente con el Grupo Traducciones Selvagem. La dirección editorial está a cargo de Anna Dantes y la coordinación, de Alice Faria. La maquetación es de Tania Grillo y Érico Peretta. La coordinación del Grupo Español esta al cargo de Daniela Ruiz.

Más información en selvagemciclo.org.br

Todas las actividades y materiales de Selvagem se comparten de manera gratuita. Para quienes deseen retribuir, los invitamos a apoyar financieramente a las Escuelas Vivas, un movimiento que respalda cinco proyectos indígenas dedicados al fortalecimiento y la transmisión de sus saberes.

Más información aquí: selvagemciclo.org.br/apoie

Cuadernos SELVAGEM
publicación digital de
Dantes Editora
Biosfera, 2025
Traducción al español, 2025

